

Prólogo

El presente volumen reúne sendas investigaciones sobre la vida y obra de seis de las grandes mujeres que marcaron el futuro de la ciencia moderna. Es el resultado de la investigación que desembocó en la Jornada anual de los profesores del Área de Ciencias del Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala, celebrada en mayo de 2006, que contó con la colaboración del Observatorio Universitario de la Mujer del CEU y del Instituto de la Mujer.

En algunos casos, los nombres de estas científicas fueron olvidados por una clara intención de sus coetáneos más cercanos y, en todos los casos, debido al momento histórico que les tocó vivir, desacostumbrado a la presencia de las mujeres en las profesiones fuera del hogar familiar. Una exhaustiva investigación en cada una de ellas busca profundizar en los aspectos más relevantes para el posterior desarrollo de la ciencia mundial. Se ha procurado asimismo corregir malentendidos que en alguno de los casos se había atribuido a alguna de estas figuras por partir de una equívoca idea preconcebida.

El ensayo se abre con una introducción que pretende situar el papel de la mujer en la historia, una reflexión que consideramos fundamental tanto para comprender algunas situaciones que en la actualidad llamamos anómalas, como para entender adecuadamente el contexto histórico de cada autora y de su propia vida.

Las figuras seleccionadas se sitúan históricamente en los siglos XIX y XX y en distintos puntos geográficos del planeta. Algunas fueron galardonadas con el premio Nobel; muchas fueron madres; y todas, luchadoras ejemplares y grandes profesionales. Hemos querido destacar también no pocas virtudes de estas mujeres y cómo, en algunas de ellas, su entrega a la ciencia les costó la vida.

Cronológicamente ordenados, empezamos con el estudio de la vida de la rusa Sonia Kovalevsky, que se dedicó a las Matemáticas durante la segunda mitad del siglo XIX y fue la primera europea que obtuvo un doctorado (Gotinga) en esta ciencia.

Otro de los capítulos los dedicamos a la vida de dos científicas Concepción Arenal y Florence Nightingale: destacando algunos de los aspectos más relevantes de sus vidas y su obra, ya que sendas biografías abrieron el camino al nacimiento de la enfermería moderna.

Pero hablar de las grandes científicas sin citar a Marie Curie sería esquivar uno de los momentos más cruciales en la Historia de la Ciencia: el descubrimiento de la radiactividad. Marie Curie fue la primera mujer importante entre los investigadores de esa época, abrió la puerta por la que físicos y químicos se adentraron en el mundo subatómico. Recibió dos Premios Nobel, uno en Física y otro en Química, y fue una gran madre de dos hijas.

A finales del siglo XIX nace Lise Meitner, física austriaca, que sobresale por el descubrimiento del punto de fisión nuclear y su constante lucha por ser reconocida como científica y como mujer.

Otra científica extraordinaria en el siglo XX ha sido Rachel Carson, autora de *La primavera Silenciosa*, escrita en 1962, obra que probablemente cambió el pensamiento y la concepción de los problemas medioambientales que en la actualidad tanto nos preocupan.

En 1913 nace la paleoantropóloga del siglo XX: Mary Douglas Nicol, más conocida como Mary Leaky, que se ha convertido en una leyenda en el estudio de los orígenes del hombre. Ha sido denominada como “la gran dama de la arqueología”. Sin su valiosa investigación y sus descubrimientos no habríamos tenido acceso al conocimiento actual de la evolución humana; sin duda, ha colaborado a constituir esta disciplina con rigor científico.

También en el siglo XX, la corta vida de Rosalind Elsie Franklin marcó la historia de la ciencia mundial. Tras sus investigaciones con la técnica de la difracción de los Rayos X, consiguió obtener la primera fotografía de la molécula de ADN, la famosa fotografía 51, que Watson y Crick tuvieron en sus manos pocos días antes de publicar la estructura en doble hélice de la molécula de la vida, hito en el nacimiento de la Genética moderna.

La última científica que hemos querido destacar es Jane Goodall, nacida en Londres en 1934 y que ha revolucionado el campo de la Etología. Como es sabido, sus comprometidas y pacientes investigaciones sobre el comportamiento de los animales se han centrado principalmente en la conducta del chimpancé en el continente africano.

María José Borrego Gutiérrez

La mujer en la Historia de la Ciencia

Prof. Dr. Javier Borrego Gutiérrez

Como introducción de estas Jornadas sobre la mujer en la ciencia querría en primer lugar reflexionar sobre la existencia de *la* mujer.

La mujer es un invento del feminismo. La mujer no existe, existen las mujeres y la modalidad femenina de instalación en la vida. La mujer universal, de todo tiempo, cultura y época, no existe ni tiene caracteres propios más que la pura biología, que en el ser humano es nada.

Cuando se habla de la mujer se está hablando en realidad de la mujer-oprimida que existe en tanto que existe el varón-opresor. El varón es el opresor de la mujer, la mujer, y el varón son como el proletario y el capitalista, el vasco y el maketo, el nazi y el judío. Existen uno frente al otro, en oposición constante y dilemática, cada uno con sus caracteres estereotipados fruto del enfrentamiento consciente o inconsciente de dos realidades que son complementarias.

Los estudios sobre la mujer, los estudios *de género*, son producto de un plan prefijado en un primer momento por F. Engels¹ y posteriormente por Foucault y los neomarxistas. El neomarxismo, la nueva izquierda, se organizó al comprobar que la historia no daba los resultados que Marx había predicho para la revolución proletaria. Cuando el proletariado se hace consumista hay que buscar nuevos elementos opresores que una vez vencidos liberen a la humanidad de una vez por todas.

Así se transformó la dialéctica propietario (de los medios de producción) frente a desposeído por una nueva dialéctica que seguro les sonará familiar: mujeres oprimidas/machos dominadores; imperialista/país ocupado; homosexual/heterosexual; etc.

Los historiadores/as neomarxistas se van a convertir en desveladores/as de secretos planes de varones-dominantes, cristianos-quemabrujas e imperialistas que tienen ocultos a los homosexuales, a las mujeres subyugadas y a las culturas arrasadas por el imperialismo; así, las historiadoras de la ciencia buscarán mujeres científicas oprimidas por hombres dominadores y rasgos de “androcentrismo” en toda interpretación de la historia.

En esta línea rescatamos a las mujeres en la ciencia, mujeres que han trabajado la ciencia de manera oculta y callada mientras los hombres se llevaban la gloria.

El objetivo es la catársis freudiana, la cura social al extraer esa parte perdida de la memoria histórica y al descubrir los mecanismos inconscientes sociales que han hecho posible esa ocultación por los historiadores (varones dominadores, inquisidores e imperialistas). Una vez puesta cara a cara la sociedad con sus demonios quedará curada: el neomarxismo nos promete otra vez el paraíso en la tierra.

Esta visión de la historiografía es destructiva para la mujer, para las personas con conducta homosexual e —incluso— para las supuestas culturas arrasadas por el imperialismo (léase América) y para la historia en general. Descubre, sobre todo, la incapacidad para comprender la historia y para no caer de nuevo en los errores cometidos.

¹ Engels *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*: “...Y con la aparición de los rebaños y la demás riquezas nuevas, se produjo una revolución en la familia. La industria había sido siempre asunto del hombre; los medios necesarios para ella eran producidos por él y propiedad suya. Los rebaños constituían la nueva industria; su domesticación al principio y cuidado después, eran obra del hombre. Por eso el ganado le pertenecía, así como las mercancías y los esclavos que obtenía a cambio de él. Todo el excedente que dejaba ahora la producción pertenecía al hombre; la mujer participaba en su consumo, pero no tenía ninguna participación en su propiedad. El “salvaje”, guerrero y cazador, se había conformado con ocupar en la casa el segundo lugar, después de la mujer; el pastor, “más dulce”, engreído de su riqueza, se puso en el primer lugar y relegó al segundo a la mujer. Y ella no podía quejarse. La división del trabajo en la familia había sido la base para distribuir la propiedad entre el hombre y la mujer”